

HISTORIA DE DOS NACIONALISMOS

La reciente declaración conjunta estadounidense-japonesa, que expresa una preocupación común por la «seguridad» en la zona del estrecho de Taiwán, y que señala el propósito de Tokio de regresar a la escena de las antiguas operaciones coloniales en el sur del Mar de China, ha vuelto a concitar la atención internacional en torno al futuro de Taiwán. Muchos temen que pueda estallar un conflicto militar de importancia entre China y Estados Unidos –al que quizás ahora se sumara Japón– en torno a esta cuestión en los próximos años. A su vez, la evolución política de la isla ha suscitado mucha menos discusión, aunque las elecciones presidenciales y legislativas del año pasado merecieron un seguimiento mucho más detenido del que han recibido estas contiendas en el pasado. Los resultados electorales dieron una apretada victoria al actual líder del Partido Progresista Democrático, Chen Shui-Bian, perteneciente al bando Verde; en las elecciones legislativas posteriores, el bando Azul del viejo Partido Nacionalista Chino, el Kuomintang y sus aliados, se impuso. La reciente mesa redonda de la *NLR*, en la que distinguidos artistas e intelectuales taiwaneses reflexionaban críticamente sobre el escenario actual¹, es un signo que permite albergar la esperanza de que los ricos debates que se desarrollan dentro de Taiwán puedan llegar a ser mucho más conocidos fuera del país, donde las percepciones han tendido a configurarse principalmente en forma de comentarios centrados en las posiciones de Estados Unidos y China, y no de la propia isla.

Moviéndose en sentido opuesto, los estudiosos extranjeros y sus ideas han comenzado a jugar un papel en las discusiones acerca del pasado y el futuro de Taiwán. Un ejemplo notable fue la conferencia de Benedict Anderson –pronunciada en Taipei en 2000, y publicada en la *NLR* al año siguiente– que ofrecía un amplio marco comparativo para la comprensión del ascenso del nacionalismo taiwanés. Inspirándose en su conocida obra *Imagined Communities*, se trataba de un análisis que planteaba la cuestión de si los taiwaneses habían de ser considerados como una comunidad «crio-

¹ Hou Hsiao-hsien, Chu Tien-hsin, Tang Nuo y Hsia Chu-joe, «Tensiones en Taiwán», *NLR* 28 (julio-agosto de 2004), pp. 19-42.

lla» clásica². El trabajo de Rwei-Ren Wu, de próxima publicación, acerca de los orígenes históricos del nacionalismo taiwanés bajo el dominio imperial japonés, un hito en la materia, constituye una respuesta importante, que adopta a su vez una perspectiva comparativa que incluye a Corea, Okinawa y las Kuriles, así como las experiencias de Europa del Este³.

En estos debates, los estudiosos del continente han jugado un papel de escasa importancia. Las condiciones políticas en el mismo han hecho que las contribuciones independientes al pensamiento acerca de Taiwán resulten apenas audibles debido al volumen ensordecedor de la ideología oficial, aunque al final habrán de surgir interlocutores serios, como ha sucedido en el Tíbet⁴. Cuanto antes se produzca esto, mejor será para las comunidades de ambos lados del Estrecho. En Inglaterra, Perry Anderson ha intentado considerar el problema de Taiwán desde una perspectiva bifocal, tomando en consideración los argumentos tanto de Pekín como de Taipei, en un artículo escrito poco después de la controversia acerca de los resultados de las elecciones presidenciales del año pasado⁵. Desde entonces, sin embargo, la política de la isla se ha movido. Las elecciones legislativas de finales de año tuvieron como resultado, además de la conservación de la mayoría parlamentaria por parte del bando Azul, un descenso pronunciado de la participación electoral, que pasó de poco más de un 80 por 100 en marzo a menos del 60 por 100 en diciembre: el porcentaje más bajo en la breve historia de la democracia en Taiwán, que indica el grado de desilusión con la calidad de la política doméstica. Sin embargo, la marea del nacionalismo taiwanés no muestra signos de reflujó⁶.

¿Cómo debemos considerar estos fenómenos históricos? Un buen punto de partida lo constituye la conferencia de Benedict Anderson acerca del nacionalismo asiático. En la misma, sostiene que el nacionalismo taiwanés puede ser considerado como una manifestación contemporánea de una forma conocida del nacionalismo de los colonos de ultramar, que alimenta una identidad propia característica y busca su separación del imperio metropolitano, como hicieron las Trece Colonias con Inglaterra en el siglo XVIII, las naciones latinoamericanas con España y Portugal a principios del siglo XIX y los dominios británicos a finales del siglo XIX. En el

² Benedict ANDERSON, «Nacionalismo occidental y nacionalismo oriental. ¿Hay alguna diferencia importante?», *NLR* 9 (julio-agosto de 2001).

³ Rwei-Ren Wu, «The Formosan Ideology: Oriental Colonialism and the Rise of Taiwanese Nationalism, 1895-1945», Tesis, University of Chicago, 2003.

⁴ Véase Wang LIXION, «Reflexiones sobre el Tíbet», *NLR* 14 (mayo-junio de 2002), pp. 75-105, y la respuesta de Tsering SHAKYA, «Tíbet: sangre en las nieves», *NLR* 15 (junio-julio de 2002), pp. 34-55.

⁵ Perry ANDERSON, «Stand-Off in Taiwan», *London Review of Books* (3 de junio de 2004) (<http://www.lrb.co.uk/v26/n11/ande01_.html>).

⁶ Quisiera agradecer a *Taiwan shebuei yenchiu chik'an [Taiwán: Una publicación radical trimestral de Estudios Sociales]*, y a Sechin Yung-hsiang, en particular, por haberme invitado a elaborar una versión previa de estos pensamientos, «Kuotzu chuyi tzai Taiwan», en el número de diciembre de 2004 de la revista.

pasado, la legitimación de este tipo de nacionalismo, sostiene Anderson, no precisaba de ningún tipo de declaraciones de diferencia étnica o lingüística, al igual que no precisan de las mismas en la actualidad. Si la identidad taiwanesa es una variante del siglo XXI de un mismo modelo, ¿qué pasa entonces con el nacionalismo chino? Desde el periodo de Sun Yat-sen en adelante, sugiere, éste asoció los impulsos de un «nacionalismo popular», que resistían a la penetración occidental y japonesa en el continente, con hebras de un «nacionalismo oficial» derivado de las reivindicaciones del Estado Qing, que a su vez era un imperio del interior. El primero surgió dentro de un conjunto de movimientos antiimperialistas mundiales que luchaban por la liberación de los pueblos subyugados, lo cual les inspiraba para crear una visión de su propio futuro independiente. El último aspiraba a un control del territorio y a la restauración del poder en nombre de las tradiciones premodernas y de las conquistas del pasado, como los Jóvenes Turcos en el Imperio Otomano⁷. En la historia del siglo XX, señala, estas dos formas de nacionalismo a menudo se han superpuesto, coexistiendo dentro de una única nación, pero para él resulta esencial no perder la atención y ser capaces de no confundirlas.

Variaciones del nacionalismo

Sin embargo, también podemos considerar más de cerca las modalidades con arreglo a las cuales los discursos de legitimidad nacional han variado en función de condiciones histórico-mundiales diferentes. Estos discursos no vienen en paquetes homogéneos. Por lo general, forman una combinación en la que los distintos llamamientos cobran diferentes pesos en las sucesivas construcciones ideológicas. Los llamamientos democráticos, étnicos, lingüísticos, culturales, sociales o económicos cobran prioridad o se tornan subordinados conforme a órdenes jerárquicos contrapuestos relativos al periodo en cuestión. Lo que sigue es un bosquejo de las principales secuencias de éstos.

En primer lugar, se presenta el nacionalismo de los colonos, que entra en la historia mundial con la Revolución estadounidense y que se enfrenta al orden existente del imperialismo colonial, tal y como leemos en el conocido *Imagined Communities*. Para este tipo de nacionalismo, la construcción vigorosa de la identidad local tendía a basarse sobre todo en exigencias de derechos protodemocráticos, que luego proporcionaron un poderoso apoyo a los derechos económicos y a otros derechos políticos. El orden de prioridades era: reivindicaciones protodemocráticas («no taxation without representation»), y luego los derechos políticos y económicos hasta llegar a la soberanía. Las reivindicaciones étnicas no apare-

⁷ El artículo de Benedict Anderson, «Nacionalismo occidental, nacionalismo oriental», cit., trata las variedades del nacionalismo chino tan sólo como un caso dentro de una óptica mucho más amplia, que incluye también –entre otras– a las versiones rusa, etíope, británica, coreana e india.

cen en absoluto. En segundo lugar apareció el nacionalismo romántico, que apelaba a las particularidades étnicas y lingüísticas, que surgieron a medida que Estados dinásticos como los imperios de los Ausburgo u Otomano empezaban a derrumbarse. En neta contraposición con el viejo orden de esos Estados, la similitud cultural entre gobernantes y gobernados pasó a ser un requisito de la legitimidad política, tal y como han observado numerosos autores. Las exigencias democráticas en cuanto tales presentaban un papel menos destacado entre los movimientos que luchaban por la unidad o la independencia nacional en este periodo. El orden jerárquico pasó a ser el siguiente: etnicidad, lenguaje, cultura, seguidos de los derechos políticos –que por regla general se concebían de un modo más colectivo que individual– o las reformas sociales.

Aunque este nacionalismo romántico tuvo su origen en Europa, sus temas habían llegado mucho más allá de sus confines en tiempos de la Primera Guerra Mundial. En la siguiente fase, la doctrina wilsoniana enlazó su legado con las concepciones derivadas de la experiencia estadounidense, considerando a Estados Unidos como la sociedad ideal para la imitación global, y proclamando la autodeterminación nacional y la democracia como principios interrelacionados. Sin embargo, en la práctica los nuevos Estados creados en Europa central y oriental después de 1918 rara vez fueron democráticos, mientras que la autodeterminación mereció escasa tolerancia fuera de Europa. El Tratado de Versalles llegó incluso a extender el colonialismo occidental en Oriente Próximo, mientras despreciaba las protestas nacionales del Primero de Mayo en Corea o del Cuatro de Mayo en China, en consonancia con las prácticas del propio Wilson en el Caribe y América Latina. De esta suerte, el «discurso» wilsoniano presentaba graves limitaciones. Resultó desigual y evasivo en su aplicación, toda vez que la mayoría defendía la democracia sólo de palabra, mientras que no vacilaba en reprimir el derecho de los pueblos a la revolución. Su orden jerárquico era: en primer lugar, la soberanía, basada –selectivamente– en criterios étnicos, lingüísticos y culturales y, después, a una enorme distancia, se podría comenzar a hablar de la democracia política.

En paralelo a las doctrinas wilsonianas, se desarrolló en el mismo periodo un discurso leninista rival, cuyo atractivo se apoyaba más en la Revolución rusa que en la estadounidense. Su impacto fue mundial –aunque sus efectos más poderosos se hicieron sentir fuera de Europa– y alcanzó su mayor intensidad durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Esta posición sostenía que, aunque las luchas nacionales contra el imperialismo eran vitales, tenían que ser subsumidas por las luchas políticas y económicas entre el socialismo y el capitalismo, que era el conflicto quintaesencial que impulsaba el desarrollo histórico moderno. De esta suerte, las cuestiones clave del Estado y la revolución no podían plantearse en términos de construcción de un Estado-nación estándar. Tras la separación de Alemania oriental y occidental, fue Alemania occidental la que exigió la reunificación, que fue rechazada con poco entusiasmo por el Este durante cuarenta años, en nombre de la ideología leninista. Esta mis-

ma concepción dio lugar a la construcción de federaciones multinacionales en la Unión Soviética y Yugoslavia.

Cuando la Guerra Fría se convirtió en una guerra caliente en la península coreana, los mantras acerca del «mundo libre» por parte de los poderes capitalistas fueron muy parecidos a los eslóganes leninistas de sus oponentes comunistas a la hora de minimizar la importancia de los factores etnonacionales en la política mundial, que ponían en peligro su control de las colonias que habían conquistado con anterioridad. Durante este momento muchos países asiáticos y africanos conquistaron su independencia, en el periodo de auge de las luchas antiimperialistas de las décadas de los cincuenta y sesenta. Estos nuevos Estados rara vez se configuraron con arreglo a las fronteras etnolingüísticas. En la mayoría de los casos sus nuevos límites fronterizos fueron dictados por la historia colonial antes que por las divisiones étnicas. Para estos países, la diferencia étnica era un dato histórico, mientras que lo realmente importante era la conquista de la soberanía política, que presentaba una neta superioridad por encima de las exigencias lingüísticas o culturales. En los casos en los que la nación era étnica y lingüísticamente más o menos homogénea, la batalla para definirla fue por regla general una función de la Guerra Fría. Cuando Vietnam y Corea fueron divididos, fue siempre el norte, bajo un régimen comunista, el que exigió la reunificación, basándose en la creencia de que la manipulación imperialista había truncado la unidad del país, mientras que el sur, respaldado por la potencia estadounidense, se resistía a las negociaciones sobre la unidad nacional: sustancialmente lo contrario de la situación en Alemania, lo que indica una mayor importancia de las exigencias nacionales para los movimientos leninistas en Asia. En general, el orden jerárquico de las exigencias leninistas después de la Segunda Guerra Mundial era el siguiente: en primer lugar la revolución anticapitalista, para después construir la soberanía política y económica, y luego la unidad nacional.

Finalmente, desde la década de los noventa los discursos del nacionalismo y la independencia han vuelto a cambiar de orientación en más de una ocasión, bajo las condiciones históricas de la globalización capitalista. Uno de los síntomas de esto último lo constituye el surgimiento de lo que Benedict Anderson ha denominado «nacionalismo de larga distancia», en el que muchos de los más firmes nacionalistas de los países en vías de desarrollo a menudo residen en Europa o Norteamérica y no tienen ninguna intención de volver a su país, aunque permanecen activos como campeones patrióticos de su patria ancestral. Además, otros tres aspectos del periodo contemporáneo deben ser señalados. El primero es la serie de convulsiones en el bloque soviético, que comenzaron con los cambios en Polonia a principios de 1989. En un primer momento, las interpretaciones de éstas se centraron en las presiones locales en favor de la democratización y en las exigencias económicas encaminadas a la introducción de reformas liberales de mercado. Sin embargo, tan pronto como la URSS retiró sus tropas de Europa del Este y las pequeñas naciones bálti-

cas reconquistaron su independencia, las afirmaciones leninistas ya no pudieron mantener la integridad de la propia Unión Soviética, que se dividió en un núcleo ruso rodeado de un arco de nuevos Estados a lo largo de su frontera sur. Desde el Cáucaso a Asia central, los discursos etnonacionalistas se convirtieron cada vez más en la principal o incluso la única base de legitimidad de los regímenes resultantes. En Europa central y oriental, por otra parte, la mayoría de los antiguos países satélites expresaron aspiraciones nacionales a la democracia liberal y la economía de mercado. Poco quedaba en ellas de la confianza en sí mismas y de la solidaridad mutua que caracterizó a las nuevas naciones emergentes del Tercer Mundo en la década de los cincuenta; antes bien, todas trataron de integrarse en una Unión Europea en expansión lo más rápido posible. En términos generales, el orden jerárquico en este caso era el siguiente: en primer lugar las exigencias democráticas, y luego las económicas y las étnicas.

Sin embargo, en el periodo de la desintegración de Yugoslavia, el discurso de la democracia estaba marchitándose. En los Balcanes y en otros lugares, las reivindicaciones étnicas se convirtieron en el motivo de sangrientas batallas entre comunidades rivales. Gracias tanto a las guerras como a las denominadas intervenciones humanitarias, las diferencias lingüísticas, culturales y religiosas se vieron amplificadas hasta un punto en el que parecía imposible que pudieran reconciliarse. Las intervenciones externas diplomáticas y militares por parte de Occidente rara vez se preocuparon por las cuestiones de la democracia. Mientras tanto, la recesión mundial a la que se vio abocada la política de izquierda después del hundimiento del bloque soviético significó que no quedarán sino pocas o ninguna construcción alternativa para las aspiraciones nacionales del momento. Probablemente no responde al azar el hecho de que muchos de los conflictos étnicos más graves en la historia moderna de África estallaran durante este periodo, aunque sus orígenes puedan rastrearse hasta llegar a la promoción deliberada de las tensiones tribales o de otro tipo por parte de las potencias coloniales, o a las manipulaciones de las grandes potencias del periodo de la Guerra Fría.

Entretanto, el desarrollo de la globalización capitalista fue generando nuevos discursos de potencia imperial. La creación del TLC y de la OMC, las continuas intervenciones en las políticas de los países por parte del FMI, y las cómodas demostraciones de la potencia militar estadounidense en el Golfo y en los Balcanes –que al final llevaron a reacciones masivas, de Seattle en adelante– contribuyeron en conjunto a la creación de la idea de un nuevo imperio. Luego, Estados Unidos, dando golpes a diestro y siniestro después de los ataques del 11 de Septiembre, emprendió las invasiones de Afganistán e Iraq. Desde entonces, la realidad visible del imperio ha dado pie a muchos esfuerzos de conceptualización de la forma del nuevo orden imperial. Bajo este prisma de las relaciones de poder mundiales, la comprensión de los conflictos armados en África resulta cada vez más difícil. Con la insistencia aplastante en la guerra contra el terrorismo, la «seguridad» y la «estabilidad» se han convertido en las prin-

cipales prioridades. El resultado es que, bajo el dominio estadounidense, el «cambio de régimen» se ha vuelto cada vez más concebible, mientras que las aspiraciones a la constitución de la nación se han marchitado considerablemente⁸. Este contexto ha marcado en profundidad a los movimientos nacionales de la fase actual, inclinando a algunos de ellos, de buena o mala gana, a un «nacionalismo clientelar». Para muchos bosnios, kosovares, kurdos y otros, incluyendo a los libaneses y las recientes manifestaciones contra Siria, el orden de prioridades ha pasado a ser el siguiente: protección imperial gracias a la intervención humanitario-militar, prosperidad económica gracias al mercado, y a continuación los derechos políticos a la libertad y la democracia.

Los legados chinos

Este es el marco general en el que debemos considerar el crecimiento de una intensa conciencia local y de un sentido de identidad colectiva en Taiwán. Ambos procesos hunden sus raíces en un conjunto de condiciones históricas en las que un cierto número de experiencias han dejado su sello. La colonización de la isla por parte de migrantes procedentes del continente en el periodo Ming-Qing creó algunas de las premisas para un nacionalismo criollo retardado. Cincuenta años de ocupación japonesa, que ensanchó la distancia cultural entre las comunidades de cada uno de los lados del Estrecho, entregó a los taiwaneses al dominio de un colonialismo modernizador cuya administración era mucho más avanzada que la de las potencias europeas, despertando elementos de nacionalismo «antiimperialista»⁹. La custodia militar y diplomática estadounidense desde la década de los cincuenta y las dependencias que la misma implica han promovido elementos de un «nacionalismo» clientelar. Para comprender cómo éstas pueden interaccionar dentro de la isla, es necesario considerar en primer lugar, sin embargo, los discursos de legitimación de los dos Estados chinos, la República Popular China y la República de China.

La República Popular, de nueva fundación a partir de un movimiento revolucionario de masas conducido por el Partido Comunista Chino, vencedor de la guerra civil, se concebía a sí misma en términos leninistas clásicos. Con anterioridad a 1945, los dirigentes del PCCh no rechazaban, sino que incluso llegaban a respaldar la posibilidad de que el pueblo de Taiwán pudiera librarse del dominio japonés en búsqueda de su propia independencia. Después de 1949, el PCCh definía, sin embargo, su tarea como la de «liberar al pueblo oprimido» de la isla. Por el momento, la intervención imperialista estadounidense impidió que el Ejército Popular de

⁸ Timor Oriental constituye la notable excepción de este periodo. Las suertes del Sahara Occidental y de Chechenia han sido más normales.

⁹ Para esta evolución fascinante pero trunca, véase Rwei-Ren Wu, «The Formosan Ideology: Oriental Colonialism and the Rise of Taiwanese Nationalism, 1895-1945», cit., capítulos tercero y cuarto.

Liberación llevara a cabo esta tarea. Sin embargo, éste siguió siendo el objetivo a largo plazo, coherente con la subordinación leninista de las cuestiones nacionales a una agenda social y económica revolucionaria. Desde el punto de vista diplomático, Pekín demostró una considerable flexibilidad en la cuestión de Taiwán durante aproximadamente dos décadas después de 1949¹⁰. Incluso después de que la RPCh consiguiera un asiento en el Consejo de Seguridad en 1971, su actitud no cambió de forma espectacular. A partir de la visita de Nixon a China a principios de la década de los setenta, refrendada por la gira estadounidense de Deng Xiaoping y el posterior ataque chino sobre Vietnam en 1979, la RPCh no permitió que la «cuestión de Taiwán» se interpusiera en el camino de la consecución de objetivos más importantes. No hizo de la retirada estadounidense de Taiwán, que continúa siendo una de las principales bases militares y de inteligencia para Washington, una condición para el establecimiento de relaciones con Estados Unidos, aceptando la continuidad de facto del protectorado estadounidense sobre la isla. La década de los ochenta fue un periodo en el que el PCCh abandonó el extremismo doméstico de la Revolución Cultural e intentó conseguir de nuevo el apoyo popular con políticas más flexibles y tolerantes. Taiwán también pasó a ocupar un lugar más relevante en su agenda. Confiado en su programa de «apertura y reformas», el PCCh se embarcó en una estrategia de «competición pacífica» con el KMT, considerando a su viejo rival de Taipei como el único responsable del bloqueo de la reunificación. Declarando que «depositaría su esperanza en el pueblo taiwanés», Pekín respaldó la democratización de Taiwán y promovió intercambios a múltiples niveles a través del Estrecho.

Por su parte, durante los años en los que conservó el poder en el continente, el KMT propagó un nacionalismo oficial chino para contrarrestar la posición socialista y de lucha de clases del PCCh. Adoptando el eslogan de «una nación, una ideología y un líder» bajo Chiang-Kai-shek como su fundamento de legitimidad, el gobierno de la RdCh asignó enormes recursos a las campañas de aniquilamiento contra los comunistas. Después de la huida del régimen a Taiwán en 1949, tanto el Chiang viejo como el joven insistieron en que el gobierno de la RdCh en Taipei representaba a la totalidad del antiguo Imperio Qing, incluyendo incluso a la República Popular de Mongolia, un Estado independiente desde 1921¹¹. Bajo el dominio del KMT, Taiwán era tratada en teoría sólo como una de las veinte y pico provincias chinas cuya soberanía reclamaba, y que estaban repre-

¹⁰ Antes de 1971, la RPCh no intentó suplantar a la RdCH en todos y cada uno de sus esfuerzos para romper su aislamiento diplomático. Mantuvo este enfoque durante muchos años después de 1971.

¹¹ Estados Unidos se metió en problemas con el viejo Chiang cuando quiso llegar a un acuerdo con la URSS para admitir tanto a Mongolia y Mauritania en la ONU en 1960. Chiang insistió en que volvería a vetar esta decisión en el Consejo de Seguridad, tal y como había hecho en 1955, y sólo cedió después de las fuertes presiones estadounidenses. Al final, los dos países entraron en la ONU en 1961. La RdCh eliminó a Mongolia del mapa oficial de los territorios cuya soberanía reclama en 2002, «por consideraciones prácticas», sin llegar a aprobar una enmienda constitucional.

sentadas nominal –y predominantemente– en sus instituciones políticas. Los llamados «diputados eternos» (*wan nien kuo tai*) –el geriatrico del KMT, que se remonta a la Asamblea Nacional de 1947– conservaron sus escaños como representantes de las provincias del continente hasta principios de 1990. Durante cuarenta años, fueron ellos los que «eligieron» formalmente a los dos Chiang para la presidencia de la RdCh. En lo relativo a las relaciones entre los dos lados del Estrecho, fue el régimen del KMT de Taipei el que rechazó sin más cualquier tipo de conversaciones entre los dos gobiernos, repitiendo inflexiblemente sus «tres no»: ningún contacto, ninguna negociación y ninguna concesión. Los dos Chiang respaldaron su posición con planes para reclamar el continente con la asistencia militar estadounidense –como resultado de los cuales la aviación de la RdCh estuvo llevando a cabo acciones de sabotaje hasta bien entrada la década de los sesenta. Dentro de la isla, los continentales que llegaron a ella después de la derrota de Chiang Kai-shek en 1949 fueron siempre una minoría, que ascendía a lo sumo a un sexto de la población. Sin embargo, dentro de la estructura constitucional de la RdCh eran considerados la encarnación de toda la China continental, que contaba con una población muchísimo mayor que la de la isla. Junto al dominio del sistema político, disfrutaban también de muchas otras ventajas en el empleo y en la movilidad social.

Así pues, en cierto sentido el KMT gobernaba Taiwán como una fuerza externa y a este respecto no era tan diferente del Tokio que lo hiciera entre 1895 y 1945. Mientras que hacia el exterior el Estado mantenía un discurso nacionalista moderno, hacia el interior la base de su poder descansaba en una marcada diferencia cultural y social entre el mismo y la población local, así como en un estrecho control sobre la participación política directa de los isleños. Un síntoma de este sistema fue la imposición del mandarín como «idioma nacional», lo que supuso una verdadera discriminación contra la mayoría nativa de la población, que hablaba Holo (un dialecto fujinés conocido también como Minnan, sin correspondencia lingüística con el mandarín). En realidad, los recién llegados hablaban a su vez su supuesto lenguaje uniforme con los miles de acentos de sus ciudades o aldeas de origen de cada una de las provincias o incluso comarcas imaginables del continente. Su conciencia de ser «chinos» –y en esto no se diferencian mucho del modo en que un estrato de viejos taiwaneses privilegiados se «sentían más japoneses que chinos»– refleja en parte la estratificación social dentro de la isla en la última mitad de siglo, y probablemente no constituye tan sólo una nostalgia de las ricas tradiciones culturales de China.

Desde principios de la década de los setenta en adelante, el KMT tuvo que enfrentarse a dos amenazas crecientes contra su posición. En el plano interno, el rápido crecimiento económico hizo que aumentara enormemente la población urbana, multiplicando el número de estudiantes y la clase media instruida en general, cada vez más impaciente bajo la dictadura. Las exigencias de democratización fueron creciendo dentro de la sociedad taiwanesa. Al mismo tiempo, las relaciones cada vez más estrechas entre Estados Unidos y la RPCCh amenazaban al régimen con la pér-

dida de su garantía externa de seguridad y con el posible abandono de Washington. A pesar de la brutal represión antes y después de la muerte del viejo Chiang en 1975, una oposición cada vez más amplia surgió en la década de los setenta, que fue cobrando ritmo en la década de los ochenta. Antes de su muerte en 1988, Chiang Ching-kuo movió los hilos para re-legitimar el dominio del KMT levantando la ley marcial dentro del país y suavizando el rechazo del régimen al establecimiento de cualquier tipo de relación con el continente. Con el respaldo tácito de las autoridades políticas de ambos lados del Estrecho, las empresas taiwanesas ya habían empezado a invertir en las regiones costeras del continente. En Pekín se dice que Deng Xiaoping trajo a la memoria las relaciones de camaradería entre el PCCh y el KMT a principios de la década de los veinte, e hizo proyecciones para llegar a algún tipo de acuerdo con Chiang Ching-kuo.

De esta suerte, en la primavera de 1989 muchos periodistas taiwaneses estaban en Pekín, no porque previeran las manifestaciones masivas en la Plaza de Tian'anmen, sino por la ocasión histórica de la primera visita de un alto representante de Taipei a la capital de la RPCh —donde el entonces ministro de Economía Shirley Kuo acudió para asistir a la reunión anual del Banco de Desarrollo Asiático— y al primer encuentro en el que participaba un equipo deportivo taiwanés en el continente. La masacre del 4 de junio conmovió a la opinión pública de Taiwán tanto como en el resto del mundo. Irónicamente, los sondeos de opinión que se llevaron a cabo dentro de Taiwán antes y después del 4 de junio de 1989, mostraban un apoyo creciente no sólo a la libertad y la democracia, sino también a la reunificación con China, en clara contraposición con la posición oficial del KMT en aquel periodo. En Taiwán, el movimiento democrático que floreció en las manifestaciones estudiantiles de la «azalea salvaje» de principios de 1990, respaldados por un malestar obrero a gran escala en las ciudades y en el campo, logró romper la corteza del viejo régimen del KMT. En lugar de perder el control de la situación, el gobierno de Lee Teng-hui —que sucedió a Chiang Ching-kuo en 1988— respondió a las presiones desde abajo intentando recuperar la iniciativa de la reforma institucional, atribuyéndose el mérito de la misma. El resultado fue el desmantelamiento de los controles de policía y de la censura, la abolición de los «diputados eternos» en la Asamblea Nacional, poniendo fin al sistema de «movilización y eliminación de rebeldes» (*tung yuan kan luan*) en la isla, así como el anuncio del final de la hostilidades contra la RPCh. Por un momento pareció que Taipei llevaba la delantera en la batalla dialéctica acerca de la futura reunificación, ya que parecía que la «democracia» estaba de su lado.

Mientras tanto, Pekín, que tuvo que enfrentarse a las sanciones internacionales después de la masacre, hizo particulares esfuerzos para atraer el capital taiwanés al continente. En esta situación, Taipei tomó la iniciativa de poner en pie una Fundación para el Intercambio en el Estrecho (FIE), aparentemente extraoficial, dedicada a la gestión de las cuestiones prácticas del comercio y los viajes. Pekín respondió creando una Asociación para las Relaciones en el estrecho de Taiwán (APRET) en contraposición a la organi-

zación taiwanesa. Una reunión entre los responsables de ambas organizaciones tuvo lugar en Singapur, seguida de la visita del vicerresponsable del APRET, Tang Shubei, a Taiwán. Estos cambios, que respaldaban a los unionistas de ambos lados, proporcionaron a Pekín un espacio de respiración política y económica que necesitaba urgentemente desde 1989. Sin embargo, las esperanzas que el PCCh albergaba al objeto de una reincorporación de Taiwán en la RPCh mediante una negociación con los principales dirigentes del KMT, que les habría garantizado el tipo de *status* honorífico que recibieron los principales señores de la guerra y los generales que se rindieron a Pekín después de la guerra civil, eran ilusorias. A finales de 1991, Pekín fue informado por Taipei de que las «negociaciones secretas» ya no eran posibles tras la democratización de la isla.

La construcción del imperio continental

Al mismo tiempo, la base de legitimación del dominio del PCCh estaba cambiando. En la actualidad, la denuncia maoísta de los peligros de una «evolución pacífica» hacia el capitalismo eran cosa del pasado. Después de la gira de Deng en 1992, se desencadenó la introducción generalizada del mercado, que trajo consigo un desarrollo capitalista rampante, aceleradas tasas de crecimiento y una creciente desigualdad. Las declaraciones oficiales según las cuales se trataba aún de una «economía socialista de mercado con características chinas» recordaban, en la expresión china, a una nueva empresa flotada con el nombre de una vieja compañía consolidada (*jie ke shang shi*). La nueva y desigual prosperidad alivió considerablemente la grave crisis de legitimidad política que afectó al régimen después de la masacre de Tian'anmen. Sin embargo, la contradicción entre las marchitas invocaciones al socialismo y las realidades de un capitalismo desenfrenado no dejaron de crear un vacío ideológico y moral. Para llenarlo, el PCCh recurrió cada vez más a los llamamientos nacionalistas. Sus temores se vieron intensificados por el espectáculo de la desintegración de la URSS y de Yugoslavia, sobre las que algunos de sus gabinetes de estrategia, así como algunos observadores externos, llamaron la atención como algo que podría acontecerle a China en el futuro. «Estabilidad» y «seguridad» fueron las consignas para Pekín desde la gran represión de Tian'anmen en 1989. Ahora cobraban nueva fuerza en nombre del interés nacional. En la década de los noventa se asistió al continuo ascenso de una variante oficial del nacionalismo, basada en las reivindicaciones territoriales derivadas de las viejas conquistas imperiales dinásticas, y en la expansión de la riqueza y del poder del Estado central. El cambio ideológico generalizado del PCCh quedó formalizado en 2000 con la adopción oficial de la doctrina de los «tres representantes»; el Partido dejaba de abogar por la revolución socialista, para hacerlo tan sólo por las «fuerzas productivas más avanzadas» y «la cultura más avanzada», sin referencia alguna a la clase, y por los «grandes intereses de la nación china», sin especificaciones étnicas.

En el interior, la importancia del giro se ha puesto de manifiesto en el cambio de actitud hacia el Tíbet y los pueblos de Xinjiang; desde media-

dos de la década de los noventa, su política general con las nacionalidades cobró unos rasgos de marcado carácter chovinista Gran-Han. La inmigración Han y la expansión económica en ambas regiones, sobre todo en Xinjiang, donde se hace precisa una menor aclimatación, han crecido a un ritmo alarmante, trastocando los equilibrios poblacionales y agravando las tensiones étnicas, lo que a su vez ha conducido a una intensificación de la represión. En el plano exterior, lejos de abogar por el antiimperialismo, y no digamos ya por el socialismo, la RPCh ha intentado sumarse a las filas de las grandes potencias con sus propias condiciones. En un periodo en el que el expansionismo militar estadounidense está en su apogeo, Pekín ha favorecido la invasión estadounidense de Afganistán, ha aprobado la ocupación estadounidense de Iraq en el Consejo de Seguridad y ha respaldado el golpe estadounidense en Haití. Dócil con los fuertes, se muestra tiránico con los débiles, despreciando los conflictos y los sufrimientos de las personas normales, con sus grandes planes de inversión en Sudán y su indiferencia ante la hambruna en Corea del Norte. El objetivo del nuevo nacionalismo oficial –que, como en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, puede avivar sentimientos populares que no siempre está en condiciones de controlar–¹² consiste en proyectar a China dentro del club de las Grandes Potencias. Habida cuenta de su continuo crecimiento económico, sus gabinetes de estrategia están elaborando planes para un mundo imperial multicéntrico en el que China haría valer su peso ante otros Megaestados como Estados Unidos o la UE en la lucha por las cuotas de mercado y las esferas de influencia.

Las políticas de Pekín hacia Taiwán han cambiado en consonancia con estos planes. Después de 1992, la insistencia de Lee Teng-hui en que la RdCh era un Estado en pie de igualdad con la RPCh y sus esfuerzos para garantizar un gran avance internacional para Taiwán (entre los cuales hay que incluir los intentos, que comenzaron en 1994, de volver a entrar en la ONU), no provocaron ataques inmediatos por parte de Pekín. El Comité Permanente del PCCh estaba supuestamente estudiando qué respuesta dar ante la perspectiva de una maniobra en la isla encaminada a la declaración de independencia. Sin embargo, en 1995 se decidió, amenazando con el uso de la fuerza contra cualquier cambio en el estatuto de la isla. Se dispararon misiles de prueba en el Estrecho por primera vez en 1995, con motivo de la visita, más bien trivial, de Lee a su alma mater Cornell en Estados Unidos. Desde entonces, se han instalado más plataformas de lanzamiento en Fujian y Guandong, y han aumentado las patrullas submarinas en el sur del Mar de China. Mientras que en la década de los ochenta ambos bandos exploraron diferentes modos de coexisten-

¹² Ejemplos de esta dinámica son el torrente de la literatura «China puede decir no» en la década de los noventa, inspirada por la obra del gobernador de Tokio, Ishihara, *Japón puede decir no*, así como los reiterados estallidos en internet contra las inversiones japonesas en China. Las protestas contra el bombardeo estadounidense de la embajada china en Belgrado en 1999, que también se les fueron de la mano a las autoridades, representan una reminiscencia mucho más clara del nacionalismo popular antiimperialista de un periodo precedente.

cia en la escena internacional, ahora Pekín reforzaba constantemente su bloqueo de Taipei, negándole toda posibilidad de desempeñar un papel internacional¹³ y dejándole con el reconocimiento de sólo un puñado de Estados centroamericanos y de pequeños Estados isleños del Pacífico, cuyos cálculos no se han visto modificados por el final de la Guerra Fría.

Explotando el rápido crecimiento de su poder y de su *status*, Pekín no pierde ninguna oportunidad de penalizar incluso las actividades más pacíficas y no gubernamentales realizadas por jóvenes taiwaneses en los foros internacionales¹⁴. Los medios de comunicación chinos se irritan ante las denuncias de los principales políticos taiwaneses, hasta el punto de que un proyecto de ley contra la secesión, dirigido exclusivamente contra Taiwán, fue aprobado por el Congreso Nacional del Pueblo en marzo de 2005. El palo que constituyen las amenazas militares intermitentes y los constantes ataques propagandísticos se acompaña de la zanahoria de las oportunidades lucrativas para los fabricantes y los constructores taiwaneses en los mercados urbanos chinos en vertiginosa expansión, así como de propuestas para un tránsito más fácil y libre entre la isla y el continente.

Conciencia isleña

Aunque no cabe duda de que esta mezcla de amenazas y persuasiones ha surtido efecto sobre los políticos y ciudadanos taiwaneses, el resultado no siempre ha sido el esperado por Pekín. En el ambiente político recientemente democratizado de Taiwán, el opositor PDP, que había sido la punta de lanza política de las luchas contra el régimen de la Ley Marcial, no tardó en cobrar fuerza. Tradicionalmente favorable a la independencia taiwanesa, a medida que la democracia fue consolidándose, el aspecto nacional de sus reivindicaciones pasó paulatinamente a un primer plano. Habida cuenta de las desventajas que durante mucho tiempo ha sufrido la población local bajo el régimen excontinental del KMT, resulta natural que su llamamiento cobrara un cierto cariz «étnico». Probablemente, la coyuntura internacional también tuvo que ver con esto. Cuando estallaron los conflictos en los Balcanes y las rivalidades étnicas cobraron preponderancia en el ámbito global, para los políticos taiwaneses resultaba tentadora la utilización de lo que parecía ser la ideología popular del mo-

¹³ En la década de los noventa, la RPCh vetó la aprobación de la ONU de las propuestas taiwanesas de participación en las misiones de mantenimiento de la paz en Macedonia y Guatemala.

¹⁴ Ejemplos recientes de semejante actitud intolerante incluyen el destino de una pintura realizada por un chico taiwanés de once años, seleccionada en un principio en un concurso por la paz en el mundo patrocinado por la ONU en el verano de 2004. Se le impidió desplazarse a Ginebra para participar en la exposición final y su candidatura fue eliminada, porque los representantes de la RPCh presentaron una enérgica protesta contra la citada pintura, aduciendo que incluía, entre unas doce banderas nacionales, la bandera de la RdCh. Unos meses más tarde, un barco por la paz organizado por Japón atracó en Nueva York, donde a todos sus miembros se les permitió hablar dentro de la sede de la ONU, con la excepción de un licenciado universitario taiwanés.

mento para explicar las diferencias «esenciales» entre la China continental y Taiwán. Habida cuenta de que cada vez que Pekín hacía públicas sus amenazas conseguía encender el resentimiento popular de los votantes taiwaneses, un ala fundamentalista del bando Verde empezó a sostener que en realidad los taiwaneses no eran Han, sino descendientes, racialmente distintos, de una fusión entre los colonos del continente con los habitantes aborígenes malayo-polinesios de la isla.

Aunque tales declaraciones permanecieron en la periferia política, quedó claro que un nacionalismo popular estaba en ascenso en Taiwán. Pero también quedó claro el orden de su agenda: las reivindicaciones democráticas ocupaban el primer lugar, mientras que las reivindicaciones de una nación cultural o étnicamente definida llegaban en segundo lugar, a una distancia considerable. En las elecciones de los gobernadores provinciales y de alcaldes presidentes de 1994, y en las presidenciales de 1996, los llamamientos étnicos no fueron el tema de campaña de mayor eficacia, mientras que los candidatos que obtuvieron los mejores resultados no eran partidarios decididos de la independencia de Taiwán.

Sin embargo, con el tiempo, a medida que la influencia del KMT fue debilitándose —en 2000 las fuerzas Azules se escindieron, el propio Lee Teng-hui pasó luego al bando Verde— y el PDP consiguió el control de la presidencia, la correlación de fuerzas cambió inevitablemente. La democracia siguió siendo el principal indicador de la conciencia taiwanesa, en tanto que principal logro de la comunidad isleña, que les distingue de las condiciones reinantes en el continente. Sin embargo, una vez creada, tal y como ha sucedido en muchas otras partes del mundo contemporáneo, dejó de proporcionar una dinámica a la batalla electoral en Taiwán. Llegado el momento de las promesas electorales, los llamamientos electorales se hicieron más poderosos y la política de la identidad pasó a convertirse en el pilar principal. Los candidatos del KMT también cortejaron a los votantes con expresiones *holo* recién aprendidas y declaraciones que decían que «todos somos nuevos taiwaneses». La pretensión de la RdCh de gobernar toda la China continental desapareció de las plataformas de todos los partidos. Asimismo, el PDP se desprendió de su compromiso público en favor de la independencia de Taiwán. El bando Verde, poniendo en guardia a los votantes contra los compañeros de viaje comunistas, hizo de la defensa de los intereses taiwaneses contra el expansionismo de la China continental un motivo recurrente. Para no ser menos, el bando Azul afirmó que la principal preocupación del pueblo taiwanés era una existencia pacífica, que no debía ser puesta en peligro incitando temerariamente a Pekín para que entrara en guerra con ningún tipo de presión fundamentalista en favor de la independencia.

Por su parte, una vez que Pekín se dio cuenta de que la democracia en la isla no significaba que su pueblo tuviera que elegir entre el PCCh y el KMT, sino, por el contrario, entre un bando Verde que era firmemente favorable a la independencia y un bando Azul que ahora era favorable a la reunifi-

cación sólo de palabra, su alarma y su hostilidad comenzaron a aumentar considerablemente. Sin sentido alguno de la ironía, empezó a quejarse entonces de que las masas taiwanesas estaban bajo la influencia de políticos mendaces y medios de comunicación tendenciosos. Para adaptarse a la nueva situación, Pekín comenzó a jugar cada vez más una carta estadounidense en sus relaciones con Taiwán. Después de conseguir reiteradas promesas de Clinton durante la visita de Estado que éste hizo a la RPCh en julio de 1998 y en las que afirmaba que Estados Unidos respaldaba el principio de «una sola China», Jiang Zemin y otros dignatarios del PCCh recibieron en Pekín al jefe de la FIE taiwanesa tres meses más tarde. Circulaban rumores de que Jiang albergaba la quimera de reunirse con Lee en persona, entre declaraciones que pondrían fin a las hostilidades mutuas y le permitirían hacerse con el Nobel de la Paz antes de su próxima jubilación. Toda vez que la idea seguía enmarcada en el principio de «una sola China», Lee, por supuesto, no mostró ningún entusiasmo por la apertura de Pekín, que no obtuvo ningún resultado. Sin embargo, los políticos taiwaneses de ambos bandos levantaron acta del acercamiento de la RPCh a Estados Unidos, y se pusieron a competir nerviosamente por los favores de Washington. Preocupados por la posibilidad de que un día Estados Unidos decidiera sacrificar su asidero estratégico en la isla en favor de unas relaciones económicas o políticas aún más estrechas con el continente, todos redoblaron sus esfuerzos para apaciguarle o agradarle en el presente. El resultado añade inevitablemente un elemento de «nacionalismo clientelar», en consonancia con los tiempos, a las complejas realidades de una identidad taiwanesa que todavía se presenta comprensiblemente insegura.

Contradicciones de la Guerra Fría

Bajo estas condiciones, aunque la conciencia taiwanesa ha aumentado, también lo ha hecho en cierta medida la desilusión del electorado taiwanés. Ambas circunstancias explican la tensión insoluble que el marco jurídico de la RdCh impone a la democratización que ha surgido en su seno. Las raíces de este problema se encuentran en toda la historia de la Guerra Fría. Pueden compararse con el destino que dividió a Alemania, Corea y Vietnam tras la Segunda Guerra Mundial. En cada uno de estos casos, existían dos aparatos de Estado y dos estructuras políticas separadas y completamente distintas entre sí, una capitalista y otra comunista, sin que cupiera superposición alguna de funciones políticas o administrativas.

La separación de China y Taiwán pertenece a este contexto determinante. Lo que distingue a ésta fue principalmente el hecho de que la RdCh fuera formalmente uno de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial y, gracias a las maniobras estadounidenses, se convirtió no sólo en uno de los Estados-miembros fundadores de la ONU, sino que se hizo con un asiento permanente, con poder de veto, en el Consejo de Seguridad. Alemania, por supuesto, en tanto que una de las potencias derrotadas del Eje, quedó dividida entre Occidente y la Unión Soviética. Sin embargo, en los tres ca-

Los restantes, un bando comunista respaldado por la URSS emprendió una guerra de liberación revolucionaria contra un bando capitalista respaldado por Estados Unidos, que tenía el poder de bloquear la derrota total de sus protegidos y de forzar una separación entre ambos: división de China entre la RdCh y la nueva RPCh creada en 1949, nueva división de Corea en la guerra que terminó en Panmunjon en 1953, y división de Vietnam tras la caída de Dien Bien Phu, sancionada en Ginebra en 1954. Cada uno de los alto el fuego resultantes, de facto o de iure, crearon dos Estados rivales que reclamaban su legitimidad en tanto que expresión de la nación como un todo. Sin embargo, sólo la RdCh fue admitida en la ONU. La RPCh, las dos Alemanias, las dos Coreas, y los dos Vietnam fueron excluidos de la misma. La RdCh conservó el asiento de China en el Consejo de Seguridad durante dos décadas más, gracias al poder estadounidense sobre la ONU. Cuando al final Washington decidió renunciar al mismo y dejar que se impusiera la voluntad de la Asamblea General, el régimen de Chiang Kai-shek, que todavía afirmaba representar al conjunto de China, fue expulsado del conjunto de la ONU. Había insistido en la representación exclusiva, y ahora se veía excluida permanentemente de la misma.

Mientras que la disputa sobre Taiwán continúa hoy sin resolverse, ¿qué sucede con los demás casos comparables? Con el giro de Nixon hacia China y la disputa de familia entre Mao y la URSS, el empate de la Guerra Fría se vio modificado. Mientras que Pekín mantenía un comportamiento en buena medida pasivo en el Consejo de Seguridad, las dos Alemanias fueron admitidas en la ONU en 1973 como parte de la distensión entre Estados Unidos y la URSS. La reunificación llegó dieciocho años más tarde, tras el hundimiento de la RDA, que dejó a la República Federal como único Estado alemán en la ONU en la actualidad. En el sudeste asiático, cuando Estados Unidos retiró finalmente sus fuerzas militares de Vietnam del Sur en 1973, el régimen que había mantenido allí no tardó en ser barrido por la RDV, de tal suerte que, en 1977, la República Socialista de Vietnam entró en la ONU. Por su parte, las dos Coreas fueron admitidas en la ONU como Estados separados en 1991, a raíz del final del Guerra Fría. Ambos expresan un hondo deseo de reunificación, pero todavía no ha llegado el momento de llevarla a cabo.

Este ciclo histórico ha dejado a la RdCh y, por ende, a Taiwán en el limbo. Alemania, Corea y Vietnam, países que existían desde mucho tiempo atrás como un único conjunto territorial, fueron divididos por las grandes potencias. En el caso de Taiwán, las grandes potencias hicieron lo contrario. El final de la Segunda Guerra Mundial reunió a Taiwán, que había estado cincuenta años separado del continente, con China. En los casos citados en primer lugar, naciones homogéneas se vieron escindidas; en el segundo, una isla que se apartaba del continente en muchos aspectos fue devuelta a éste. Ahora bien, mientras que Alemania y Vietnam fueron reunificadas, mientras que las dos Coreas están intentando darse cabida mutuamente, Taiwán continúa enfrascado en unas potenciales hostilidades con Pekín, que insiste en que el Ejército de Liberación Popular no «libe-

rará al pueblo taiwanés», de acuerdo con el lenguaje revolucionario de antaño, sino que, dicho con el vocabulario de hoy, llevará a cabo la «unidad nacional», usando la fuerza en caso necesario.

La ironía histórica es redonda cuando examinamos el papel, pasado y presente, del protectorado de Estados Unidos sobre la isla, que es la otra cara de la moneda de las amenazas de la RPCh sobre la misma. También aquí encontramos una contradicción sustancial: el grado de independencia de facto respecto a China del que disfruta Taiwán, y que ha permitido su democratización pacífica desde la década de los ochenta, debe pagar el precio de su dependencia de facto de Estados Unidos. En efecto, a medida que Pekín ha abandonado toda aspiración revolucionaria y ha establecido lazos aún más estrechos con Washington, Estados Unidos se ha convertido en el árbitro efectivo de las tensiones que cruzan el Estrecho, un hecho que ni Pekín ni Taipei pueden admitir con facilidad.

Dicho de otra manera, el problema clave de Taiwán a la hora de manejar las relaciones entre ambos lados del Estrecho, así como en sus políticas internas después de la democratización, ha sido el legado paralizante de su definición ininterrumpida como «República de China», y la dependencia de la custodia estadounidense que ello acarrea. Cuando la reforma constitucional trajo consigo la supresión del gobierno provincial de Taiwán en 1996, el entonces gobernador James Soong protestó enérgicamente, diciendo que el que debía ser eliminado era el «gobierno central» y no el «provincial». No podía haber sido más fiel a la verdad. La RdCh es una ficción absurda, pero incluso un Taiwán democratizado sigue siendo presa de esa ficción. Si intenta cambiar su nomenclatura, corre el peligro tanto de ofender a su jefe supremo estadounidense, como de provocar un ataque de la RPCh por intentar crear un Estado independiente sin conexión con China. De esta suerte, incapaz de conformarse con una realidad modesta –ser tan sólo la isla de Taiwán–, se ve obligada a continuar animando la ficción superflua de que es soberana sobre más de mil millones de personas y de un territorio que alcanza hasta los confines de la India y Kazajstán, prolongando así la tensión constante con el continente.

Constatar la realidad

Así pues, no puede decirse que en la situación actual Taiwán se encamine hacia la «secesión» respecto a un «Estado-nación estándar». Antes bien, la realidad es que la RdCh y la RPCh han vivido separadas durante muchos años y que lo que Taiwán necesita de veras es levantar acta de esta realidad. Esa constatación no eliminaría la posibilidad de una futura reunificación, como no lo ha hecho en el caso de las dos Coreas: sencillamente permitiría crear un entorno más normal en el que los diferentes escenarios para la isla pudieran ser discutidos francamente por los pueblos de Taiwán y China, ya sea la reunificación o la independencia taiwanesa. Sólo esa constatación formal de la separación de facto respecto a la RPCh podría crear el terreno

para unas negociaciones tranquilas y racionales sobre el futuro de sus 23 millones de ciudadanos, dentro del respeto de sus derechos democráticos. La confusión de esa perspectiva con la cuestión de la independencia taiwanesa ha sido un error generalizado en los últimos años. No representaría una forma encubierta de la misma, pero un reconocimiento de lo que realmente está —o debería estar— en juego en la nueva autoconciencia taiwanesa es el deseo legítimo de una posición de igualdad en toda negociación política con el gobierno central de Pekín, y de que ésta se haga de forma democrática, libre de amenazas militares y sin condiciones previas sobre la reunificación determinada en el futuro. Dicho de otra manera, si así lo desean los votantes taiwaneses, deberían tener la opción de la independencia, por las mismas razones que la de la reunificación con el continente.

Este *modus vivendi* supondría, desde el punto de vista internacional, una presión sobre Pekín para que dejara de afirmar que la RdCh en Taiwán forma parte de la RPCh, creando así la atmósfera necesaria para que ambas partes declararan formalmente el final de las hostilidades mutuas y la renuncia al uso de medios no pacíficos contra la otra parte. Ello aliviaría la inquietud de muchos taiwaneses ante la ley antisecesión aprobada por el Congreso Nacional del Pueblo en Pekín el 14 de marzo de este año, que va dirigida fundamentalmente a los votantes taiwaneses —invitando a la obediencia de la gran mayoría a la par que intimidando al resto— y que podría ser aplicada sin dificultad contra los individuos taiwaneses que viajan al continente¹⁵. Asimismo, ese reconocimiento internacional contribuiría además a airear el debate político interno en Taiwán. Hoy en día Taiwán sigue encerrado en la prisión discursiva de «una China», un caparazón prestado que encubre la verdadera realidad que constituye. Esta contradicción, que no puede ser ni exorcizada ni discutida con franqueza en la isla, le viene impuesta tanto por Estados Unidos como por China, toda vez que Washington se opone con otro tanto vigor a todo cambio en el statu quo imaginario. En estas condiciones, ni la reunificación ni la independencia (respecto a uno y otro, o a ambos: China y Estados Unidos) pueden convertirse en propuestas normales o legítimas en la escena pública, distorsionando los debates políticos en la isla.

El sentido de impotencia que han creado en los votantes las contradicciones de la situación presente ha sido explotado por los políticos de la isla, en medio de una vociferante competición para ver quién ama más a Taiwán, lo que ha dado lugar a todo tipo de maniobras de manipulación y de tácticas de autopromoción¹⁶. El referéndum que preguntaba a los votantes

¹⁵ Tal y como ha señalado un comentarista, para consolidar su democracia frente a la ofensiva suave de Pekín, Taiwán podría celebrar un referéndum consultivo no vinculante, en tanto que sondeo de opinión oficial del electorado, sobre su futuro político, con las opciones de «independencia futura», «reunificación futura», «un país, dos sistemas» y «un país, tres sistemas» entre las que habría que elegir. Asimismo, para que la votación fuera puramente consultiva, la campaña electoral en favor de cualquiera de las opciones debería estar prohibida por la Comisión Electoral Central, que debería ser la responsable de la celebración de la consulta.

¹⁶ Taiwán es uno de los pocos países del mundo que ha publicado una nueva colección de sellos después de cada elección presidencial directa desde 1996, en los que aparecen los co-

si querían mejores defensas militares, que fue calculado para las elecciones presidenciales del año pasado como forma de refuerzo de las posibilidades del presidente en ejercicio, y que fue boicoteado con éxito por la oposición, constituye un ejemplo reciente. Antes tuvo que pasar por diez rondas de debate público, tal y como estipulaba la recién aprobada Ley de Referéndum. Sus oponentes del bando Azul, además de hacer hincapié en los defectos procedimentales, no dejaron de hacer referencia al enfado que había provocado en los honorables protectores estadounidenses la idea de celebrar un referéndum y en lo peligroso que sería provocar a Pekín y entrar así en un juego de guerra al celebrar cualquier tipo de referéndum; por su parte, los defensores del referéndum, pertenecientes al bando Verde, dieron voz con cinismo a algo así como una versión local del «nacionalismo oficial». Si, en lugar de ello, se hubiera pedido a los ciudadanos sencillamente que expresaran su resistencia a ser conquistados por la fuerza militar, podría haber surgido una auténtica conciencia política, lo que habría reforzado al movimiento no gubernamental contra la guerra.

De estas tendencias sólo cabe esperar la asfixia, y no la activación, de la participación política. A su vez, las tendencias se ven reforzadas por las condiciones generales de la globalización capitalista en las que se encuentra inmerso el propio Taiwán. La democratización en la isla llegó después de que un crecimiento económico muy rápido hubiera creado una floreciente y predominante clase media que disfrutaba de rentas bastante altas para la región. Su clase empresarial lleva bastante tiempo invirtiendo mucho en la China continental, en el sudeste asiático y en otros lugares. Desde el punto de vista económico, Taiwán vive del comercio con los demás, lo que incluye el intercambio de su capital por el trabajo de los demás. Se trata de un marco que en cierto modo permite explicar la ausencia de toda agenda social de importancia tanto en el bando Azul como en el Verde. Sin embargo, la fijación sobre la cuestión nacional constituye sin duda otra razón para el vacío programático común que encontramos. Al principio, cuando estaba en la oposición, el PDP contenía impulsos radicales. Sin embargo, la preponderancia de la política de la identidad ha expulsado a las preocupaciones redistributivas fuera del terreno político. En este sentido, el nacionalismo taiwanés —en el que el discurso democrático sigue predominando sobre el étnico o el clientelar— también carece de fuerza para impulsar la reforma social.

Para liberar a la población de un sentido de impotencia política, el desencadenamiento de la participación cívica activa y el avivamiento de la fuerza de inspiración de los movimientos sociales deberían ser los objetivos de una izquierda en la isla en la actualidad. Taiwán está asistiendo al

loridos retratos de los candidatos vencedores a la presidencia y la vicepresidencia. Lo que parecía comprensible como una forma de celebrar el gran logro de la democratización taiwanesa en 1996, difícilmente puede ser comprendido en el caso de 2000 y 2004, y no digamos este año, en el que la práctica de adornar los sellos postales con la imagen de los gobernantes de turno se extiende al cargo de primer ministro e, incluso, a la alcaldía de Taipei.

crecimiento de organizaciones no gubernamentales comprometidas en actividades de carácter caritativo o con los intercambios entre ambos lados del Estrecho. En sí mismas, tales actividades son altamente recomendables. Sin embargo, pertenece a la naturaleza de tales empresas que los grupos a los que se dirigen rara vez sean considerados como fuerzas políticas. Del mismo modo, el intento de reunir un «millón de votos nulos» en forma de protesta contra la limitación de las opciones políticas en el sistema que se llevó a cabo el año pasado, aunque buscaba la formidable fuerza moral de una plataforma radical, corrió el peligro de apartar a los ciudadanos del compromiso político o de la participación en cualquier tipo de debates. En cuanto tal, bien podría no haber sido la mejor cura para una sensación generalizada de impotencia. Un verdadero movimiento social no debe confinarse dentro de la esfera del bienestar, y mucho menos huir de la participación electoral. De lo contrario, el destino y el futuro a largo plazo del pueblo de Taiwán continuará viéndose distorsionado por la manipulación de las grandes potencias y los turbios políticos locales.